

# ANDANZAS EN LA CIUDAD SIN POESÍA

Por Goliardos 70

Cuando llegamos a la Universidad no pudimos entrar: habían puesto barricadas y alambradas en Generales y fotos del *Che* por todo lado. Pocos días más tarde, asistíamos a la iglesia de San Pedro, a una misa en memoria de Martin Luther King.

La Revolución Cubana, las figuras míticas de Ernesto Guevara y el sacerdote Camilo Torres y los ecos del 68, en París, revitalizaban en otros lugares la larga tradición latinoamericana de beligerancia estudiantil. En Costa Rica, el detonante fue la oposición a la Aluminio Company (ALCOA), que involucró a amplios sectores de la población y fue protagonizada fundamentalmente por los estudiantes de educación media y superior.

Las luchas de los campesinos pobres por la tierra, acaparada por las grandes transnacionales del banano, la guerra popular contra la dictadura somocista en la vecina Nicaragua, el apoyo al gobierno de la Unidad Popular en Chile, el respaldo a la cruzada por los derechos civiles de las minorías en los Estados Unidos, las marchas contra la guerra de Vietnam, movilizaron también a los jóvenes en esta pacífica nación.

A la protesta política se unían todas las formas de desacralización: el humor, la irreverencia, la marihuana; la poesía de Lorca, Debravo, Gabriel Zelaya, leída en la intimidad o recitada a gritos por las calles; las lecturas sentidas hasta la médula de Erick Fromm, Paul Valery Baudrillard, Eliade y, sobre todo, Hesse, porque ¿quién de nosotros no se sintió un lobo estepario?

## Deambular por la ciudad

En este contexto, la ciudad, abierta y habitable, surgía como opción de libertad. No era solo el espacio de la apropiación revolucionaria y la militancia política sino el ámbito de la búsqueda personal.

Entonces, la urbe no era todavía ajena ni amenazante. Por el contrario, la vida entera se anudaba alrededor de las calles estrechas y tranquilas, en los espacios sociales conocidos: el barrio de sencilla geografía, el cine, el paseo, el teatro, la comida, el trago.

Habíamos crecido en familias tradicionales católicas, habíamos asistido a colegios manejados por religiosos. Tal vez por eso, al igual que la Universidad, la ciudad fue nuestro espacio de libertad. Salir de la casa y apropiarse del espacio

### **Guillermo Barzuna**

Docente e investigador,  
Universidad de Costa Rica.  
Ensayista en temas sobre literatura  
latinoamericana y patrimonio cultural.  
guibarpe@gmail.com

### **Nora Garita**

Docente e investigadora,  
Universidad de Costa Rica.  
Ensayista de diversos temas de  
índole social e histórico y de patrimonio  
cultural.  
nogabo@gmail.com

### **Flora Ovares**

Docente e investigadora,  
Universidad Nacional.  
Ensayista en temas de historia  
y crítica literaria costarricense y  
latinoamericana.  
floraovares@yahoo.com

### **Mercedes Ramírez**

Cineasta independiente costarricense. Ha producido y dirigido diversos documentales sobre temas culturales y políticos en Costa Rica.  
merceramirez@gmail.com



Escuela de Estudios  
Generales, Universi-  
dad de Costa Rica.

público fue el descubrimiento de que era posible vivir, amar, disfrutar de otra manera, ajena al canon conservador familiar.

En cierto sentido, como reza una canción argentina, éramos “los patitos feos”, que inventábamos historias al revés para el deber ser de la época y estudiábamos cosas inútiles ante los ojos de muchos. Años después vendría una legitimación de nuestro quehacer que, casi, casi, nos asciende a cisnes. Y claro, eso sí, cantamos “Yesterday” y nadie nos pudo impedir soñar, estudiar y, sobre todo, transitar intensamente nuestro efímera juventud.

La ciudad se nos abrió llena de posibilidades infinitas de tertulias, foros, teatros. Íbamos al gallinero del Teatro Nacional a escuchar a Philippe Entremont, a Serrat, al teatro al aire libre. Descubrimos pasajes ocultos que nos hacían llegar desde la gradería hasta las butacas; distraíamos en equipo a la boletera y nos colábamos en la consabida cultura de la danza, la ópera, el teatro de títeres y la música sinfónica casi gratis.

Pero también amamos el trabajo recopilatorio de otra música y de otros caminos del arte no oficial: la cultura popular con mayúscula, recinto desconocido en donde nos introdujo doña Emilia Prieto Tugores con su viva voz, que nos enseñó a escuchar más de 400 romanzas ticomeseteñas y a reconocer el mundo del autobús y esa ingeniosa habla popular que metaforiza este pueblo en su manera de designar el mundo y las cosas.

Durante ese inolvidable deambular, veíamos asombrados cómo, en la cotidianidad del paisaje citadino, se mezclaban de pronto figuras míticas: Carlos Martínez Rivas, José Coronel Urtecho, Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez. Algunos pasaban fugazmente y dejaban honda huella: Eduardo Galeano, Lincoln Silva, María Elena Walsh, Julio Cortázar, Atahualpa del Ciopo. Otros se quedaban para siempre, como tantos actores chilenos, argentinos y uruguayos que llegaban a “esta aldea” huyendo de la bota militar.

Creíamos habitar en la ciudad y no nos dábamos cuenta en ese momento que ella nos habitaba a medida que la recorríamos. Nuestras breves huellas sobre las aceras, en

la carpa que cobijaba el espectáculo, en la cantina, en los espacios subterráneos, en los *pubs* del barrio Amón, en la discoteca, no la marcaban, más bien estampaban en nosotros el sello de una nueva identidad.

Recorríamos la ciudad sin temor y también sin conciencia de que nos estaba enamorando, que sin saberlo ya pertenecíamos a ese conjunto abigarrado de edificios, comercios, personas, espectáculos. Era una forma de apropiarnos de esa “galería ignorada” que nos desnudaba la ciudad con sus muros y su herencia, sus decires, sus grafiti, su pregón callejero.

Pero esa sensación de pertenencia, aún no formulada, nos enseñaba a valorar la pequeña ciudad sin poesía. Al caminar aprendíamos a verla de otra manera, a descubrir sus secretos, sus pequeños tesoros, su apagada belleza, su silencio. Los recorridos a pie por esas calles nos permitieron descubrir balcones, puertas, bohardillas.

Era imposible no amar el patrimonio arquitectónico cuando este era el escenario de nuestra ruptura y nuestra libertad.

Redescubrimos la casa de adobes, esa forma milenaria de arquitectura en tierra, de naturaleza en ascenso, de vida cotidiana y de muros que, en silencio, hablaban de nuestra historia, de corredores volados propicios para la conversación, de la calidez del fogón, de la teja generosa, de los ocres y el jardín tropical.

La casa costarricense de inicios del siglo XX, sus amplios y elaborados espacios, con su grandeza estética, quizá nos permitía valorar esa dimensión entre el aquí ahora y el allá entonces, que marcaba nuestros intereses en gran medida en los inicios de los años setenta. Así, ingenuamente, empezaba nuestra defensa de lo patrimonial.

## **La ciudad amenazada**

Antes de ser amenazante, la ciudad fue amenazada. La ausencia de políticas urbanísticas y el crecimiento desordenado, la idolatría del automóvil y una mal entendida modernidad fueron terminando con la vida citadina que habíamos conocido. Podemos asegurar que donde existe un estacionamiento en San José, hubo antes un edificio patrimonial. Uno a uno, edificios emblemáticos eran derribados, hasta llegar a la demolición de la Biblioteca Nacional. Era la instauración de “La civilización del parqueo” que, como dice Martínez Rivas: “arrasa, aplanar y sepulta”.

Veíamos cómo, sin terremotos y sin guerras, se destruía casi toda nuestra herencia, víctima de otro tipo de guerra, la de la indiferencia colectiva y de los intereses inmobiliarios. Tal vez fuimos la primera generación que percibió esa sensación de despojo del espacio patrimonial, todavía no en un sentido político sino como pérdida de la identidad histórica y generacional.

No se trataba de la añoranza del Cartago antiguo que inspiró al ensayista Mario Sancho páginas maravillosas en que su memoria recupera el paisaje perdido, lo ilumina con la luz del deseo, lo tiñe con la triste poesía, con la bruma que envuelve los parajes de la niñez.

Tampoco era la preocupación de algunos sectores progresistas del gobierno de entonces, que trabajaban una propuesta cultural que conduciría, años después, al rescate y la preservación del patrimonio histórico. Ellos, como nosotros, habían recorrido la ciudad, habían vivido en ella pero nunca, en su juventud, la sintieron amenazada por la destrucción.

Cuando decíamos “que en este país no se puede vivir”, era por asfixia de las tradiciones y por la indiferencia general ante la destrucción del patrimonio. Muchos nos fuimos de casa, como decía Fito Paéz, (o nos cansábamos de que en el seno de nuestras casas hubiera un altar que se llamaba comedor) pero nos íbamos siempre amando el olor a libro de la Biblioteca Nacional, y volvimos valorando más nuestro patrimonio. ¿Sería que la huella era tan honda porque existía un hilo de amistad que no se rompía

y las ciudades que conocíamos nos hacían pensar en los amigos que habían quedado en la ciudad sin poesía?

Volvíamos siempre y ensayábamos nuestras pequeñas estrategias de defensa y de conservación del patrimonio: hicimos teatro de barrio cuando teníamos 16 años, fuimos tan intolerantes que presentamos una obra de teatro en Bellas Artes, cuando recién cumplíamos los 18.

Leíamos versos en bodas de amigos, repartíamos poesía de *Popo Dada*, impresa a polígrafo; cantábamos con un bongó y una guitarra a Nicolás Guillen y recitábamos a Machado en la vieja Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica. El pretil de entonces, la cafetería de Humanidades y la Guevara fueron nuestros constantes refugios.

Conversábamos con un café hasta que nos echaban. Sobre todo eso: conversábamos. La palabra fue nuestra aliada siempre junto con la defensa de la alegría y del buen humor, por aquello de quien ríe y canta los males espanta.

La palabra y tal vez también el silencio, como recuerda Mercedes: sentados a la orilla del caño para comernos cualquier cosa, toda la mesada de 300 pesos se nos iba en armar ese momento feliz. Muchas veces veíamos hacia arriba e intercambiamos miradas con la luna. ¿De qué hablábamos, vos te acordás? ¿Qué hacíamos todo ese tiempo? Será que el silencio no nos aburría, porque no me acuerdo de nada. Sí, eran ₡300 con mucho valor adquisitivo. Con ellos comprábamos la luna, el farol, la niebla, las estrellas y las risas, porque si hoy he olvidado las palabras será porque no hacían falta.

## Lugares que resisten

¿Qué quedó de toda esta vivencia?

Primero que nada, una reflexión más coherente y política, la conciencia de que la pérdida de la ciudad implica mucho más que un desgarramiento existencial. Se trata del alejamiento de un espacio que cohesiona la identidad, que nos convoca y nos congrega como grupo social, nos identifica. La vorágine consumista que desecha objetos útiles también desprecia el patrimonio y se desinteresa de la carga simbólica del espacio como bastión de la identidad colectiva.

Además, perduran proyectos concretos que se alimentaron en aquellas primeras experiencias y que madurarían dos décadas después, cuando surgió un gran interés en las universidades públicas por incorporar el paradigma de las identidades como un objeto de estudio, campo en que muchos estudiosos dieron grandes aportes y siguen dándolo hasta el momento actual.

Gracias a nuestro trabajo como profesores universitarios y nuestro fuerte vínculo con el mundo de la cultura pudimos publicar sobre patrimonio cultural y utilizar en su defensa los medios de masas, en especial la radio.

Pudimos igualmente colaborar con instituciones interesadas en la conservación del patrimonio, como el Departamento de Patrimonio del Ministerio de Cultura, nuestro ICOMOS nacional, la Revista *Herencia*, baluartes en la defensa y rescate del patrimonio cultural, sin duda alguna. La escritura, el vídeo documental, la radiofonía, la prensa escrita y el aula han sido nuestras principales trincheras en eso de educar y de preservar el legado y la herencia culturales.

Obviamente, no fuimos los únicos en vivir estas experiencias y traducirlas en defensa del patrimonio. Pero en estas líneas hemos querido compartir los recuerdos de un grupo de camaradas que continúa en ese camino y sigue amando el secreto embrujo de la ciudad que conoció hace muchas décadas en términos de rebeldía y amistad.

## MI CASA DE INFANCIA



Recoger las migas de pan que quedaban del desayuno y sentarnos en el pretil de la pecera, corazón de la enorme casa, era una costumbre cotidiana. Los pececitos aparecían por entre los lirios y se agrupaban enfrente de nosotras, esperando su turno. Alrededor de la pecera se extendía un patio de unos seis por cuatro metros y, en cuyas esquinas, como ángeles de la guarda lo custodiaban cuatro hermosos helechos colgados del techo. En los extremos norte y sur se ubicaban cinco gradas que nos subían a un corredor que, cual anillo, le daba vuelta completa al patio central.

**Eugenia  
Chaverri Fonseca**

Actriz y directora de  
teatro costarricense  
nenechav@yahoo.  
com.ar

Para el tamaño de una niña de cuatro años, ese corredor no existía sino para servir de pista de patinaje, de espacio para correr y jugar y, muy en último plano, para su verdadero fin: permitir la entrada a ocho o diez aposentos que conformaban las salas, cocina, comedor y dormitorios.

El comedor y la cocina se ubicaban al norte de la casa. A los costados, los dormitorios y, al fondo, como avergonzados de su tarea, como incomprensidos de su importancia, dos baños con tinas maravillosas, que convertíamos, muy a menudo, en el "spa" de nuestro tiempo. Detrás de los baños, y bajando unas gradas, entrábamos al sector de "las pilas". Inolvidables las mañanas que, con un delantal de plástico, sobre un banco y un jabón azul lavaba y aporreaba la ropa en aquellas inmensas pilas de cemento. De allí, separado del resto de la casa, un gigantesco cuarto que albergaba a "Zoila", quien llegó descalza y de escasos 20

años a servir a los "Chaverris" y que para suerte nuestra heredamos nosotras. De ella recibimos todos los consentimientos que la niñez pueda desear: el chupón de leche a las cinco de la mañana... las idas a la pulpería... pero sigamos nuestro viaje por la arquitectura de la casa, pues hablar de Zoila *conflictúa* mis recuerdos... por razones obvias que surgen de los pocos datos que he aportado.

La casa se ubicaba en Aranjuez. Era la casa de "la cerca de olivo con dos enormes palmeras" (dirección inequívoca para un taxista). Atravesando un amplio jardín encontrábamos siete gradas que daban a otro extenso corredor que se extendía de lado a lado del frente de la casa. Una barandilla de madera torneada lo separaba del jardín y al centro del corredor la enorme puerta. Sí enorme!!!! Tenía casi dos metros de ancho y, por supuesto, de madera sólida y tallada. Recuerdo los problemas que causaba pues necesitaba de bisagras muy fuertes y grandes para mantener su peso. Al abrirse nos encontrábamos en un pasillo de su mismo ancho que permitía ver desde la entrada el maravilloso jardín interior que ya describí. A sus costados, de nuevo las altas puertas que nos llevaban a las dos salas laterales. Así de grande era nuestra casa y nuestra felicidad, la de infancia, la de tíos solteros quienes vivían también allí, porque había espacio para toda la familia que lo necesitara. Los que ya se habían ido a otro nido llegaban a ella, siempre abierta para albergar esa unión familiar que tuve la suerte de vivir.

Pero un día, el jardín se oscureció y en lugar del ruido de las ruedas de mis patines escuché el ruido de la silla de ruedas de mi papá. Él se fue para siempre y mi mamá gritó: los peces traen mala suerte!!!! No sé quién se los llevó... pero nunca más los permitió. Los carpinteros entraron y partieron la casa en dos. Los corredores se cerraron con ventanales, la pecera quedó debajo de una extensión de esta. La mitad de la casa se alquiló para terminar de pagar la deuda y allí comenzó otra historia. Porque en la vida se acaban las historias para dar pie a otras y en esas otras historias también se vuelve a sonreír. Fue así como mutilada, pero digna, mi casa siguió siendo reducto de amor para otras etapas de la vida.

Pero como todo lo que vive muere, ella también murió, porque ella fue vida y hoy, en su ausencia y con cierto dolor al pasar por enfrente, no puedo dejar de recrear todo aquel mundo que quedó sepultado debajo de un inmenso parqueo.

